



Victoria Camps analiza el papel social de la mujer y los males sociales aflorados durante la pandemia, entre otros temas. ARPA EDITORES / HELENA PALAU

Comprometida con su país y con su tiempo, la pensadora Victoria Camps (Barcelona, 1941) nunca ha eludido participar en el debate público con las herramientas intelectuales más reflexivas y rigurosas. Sus opiniones, motivadas por una férrea voluntad progresista, proponen la reestructuración de un ámbito social compartido donde la atención a los más vulnerables sea el elemento central en la cohesión de las sociedades democráticas. Consciente de los profundos cambios impuestos por la revolución digital, Camps apuesta por el apuntalamiento de los servicios públicos como garantes de la igualdad en los tenebrosos tiempos de la precariedad y la pandemia. Su más reciente obra, 'Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo' (Arpa, 2021), discute las tendencias autosuficientes de una civilización que, en épocas recientes, optó por dar primacía al crecimiento económico a costa de la fraternidad y la justicia. Esta catedrática emérita de Filosofía Moral y Política en la Universidad de Barcelona, Consejera Permanente de Estado y exsenadora por el Partido de los Socialistas de Cataluña (PSC), recoge la herencia de la mejor tradición feminista para aportar fórmulas que comprendan los cuidados como una responsabilidad democrática que trasciende el reparto tradicional de roles entre hombres y mujeres y que exige una superación definitiva de los excesos del individualismo.

somos egoístas por naturaleza. Evidentemente, en nuestra especie hay una pulsión egoísta porque todos tienen sus intereses y quieren satisfacerlos, pero, al mismo tiempo, somos seres sociales. Eso está en nuestro ADN. Lo que sí es cierto es que se han despreciado conceptos como la compasión. Esta palabra ha sido rechazada, al igual que 'fraternidad'. De los tres grandes valores de la modernidad, fue el que más se dejó de lado por asociarse con lo religioso. Debido a ello, se consideró que no podría tener cabida entre una ciudadanía laica. Últimamente, esta palabra ha vuelto al vocabulario. Es muy significativo el hecho de que la reciente encíclica del Papa, 'Fratelli Tutti', haya tenido tan buena recepción, no sólo en el ámbito católico. Es un vínculo que debería unir a los seres humanos. **—Gran parte del libro presta una especial atención a los ancianos, en un tiempo que, sin embargo, pasa por ser el de la gran eferescencia juvenil.** **—Sí, desde hace unos años, el envejecimiento de la población es considerado, si no un problema,**

«Cambiar las mentalidades es mucho más difícil que cambiar las leyes»

Victoria Camps Filósofa

La pensadora catalana propone en 'Tiempo de cuidados' (Arpa, 2021) la atención al otro como principal elemento de cohesión en las sociedades democráticas

PABLO SÁNCHEZ



TIEMPO DE CUIDADOS
VICTORIA CAMPS
Editorial: Arpa, 2021. 208 páginas.
Precio: 17,90 euros.

algo a lo que hay que prestar atención. Se trata de decidir cómo se aborda este asunto, qué espacio ocupan las personas mayores, si son todas iguales o no, etc. Esta realidad plantea problemas específicos porque ese ir cumpliendo años trae consigo, en muchos casos, una situación de dependencia. Con el covid, el problema de las residencias ha sido gordo. Es uno de los retos de futuro más importantes.

—Usted entiende los cuidados como una responsabilidad que, lejos de tener que ser asumida por las mujeres, atañe a la colectividad democrática. ¿Existe

un cierto riesgo de burocratización?

—Yo suelo insistir en que el cuidado es una obligación de hombres y de mujeres. Y no sólo de los individuos, sino también de las instituciones. Cada uno tiene su parte de responsabilidad. Pienso que son las políticas públicas las que, precisamente, deben repartir esas responsabilidades. Las administraciones tienen que atender aquello que sólo el estado puede hacer porque hay un tipo de protección que le compete y que resuelve mejor. Las otras son las obligaciones familiares que implican a los más próximos a las personas dependientes.

—Para tener éxito en esta empresa, en el libro se propone «rediseñar estructuras y propiciar la distribución de las obligaciones». ¿Cómo hacerlo de una manera efectiva?

—Fórmulas no hay. La pensadora Joan Tronto ha escrito un libro titulado 'Una democracia cuidadora', donde resume todo esto en una idea: lo que se debe hacer es detectar necesidades y repartir responsabilidades. Ahí la política tiene una función imprescindible. La obligación del estado es detectar a los más vulnerables, a los más necesitados de protección, y decidir las vías para dispensar esa protección de la forma más justa y equitativa.

—Es cierto que la asunción de la labor productiva como la única posible en las sociedades modernas contribuyó al apartamiento de otro tipo de actividades intrafamiliares.

—Es una consecuencia del capitalismo: comprender las cosas como productos para obtener dinero. No se ha reconocido el valor intrínseco de todo lo que acompaña la vida reproductiva. En cambio, si el valor de la producción porque se traduce en el precio. Es aquello que decía Antonio Machado: «Sólo el necio confunde valor y precio».

—¿Cree que el feminismo, que ha sido históricamente muy combativo en favor de la incorporación de la mujer al ámbito laboral debería haber prestado más atención a ese otro mundo?

—Dentro de la igualdad de acceso al mercado laboral, la mujer tiene un hándicap: ella es la que tiene los hijos y sobre la que tradicionalmente ha recaído la responsabilidad de hacerse cargo de los menores y de las personas más débiles. Esa es otra obligación de la política: remover los obstáculos para que pueda accederse al mundo del trabajo sin descuidar lo que acontece en el hogar. Pero ojo, no solo para las mujeres, sino para ambos, hom-

«No somos tan autosuficientes, ni tan autónomos. La lógica individualista no tiene sentido»

«El covid ha sido un problema gordo en las residencias, es uno de los retos de futuro más importantes»

bres y mujeres.

—En 'Tiempo de cuidados', recoge aquel lema del movimiento feminista de los años 70 del siglo pasado: «lo personal es político». Hoy, esta frase sirve para abordar realidades como la violencia de género.

—Recuerdo el libro que escribió Miguel Lorente Acosta, un médico forense experto en violencia de género, y que yo prologué, titulado 'Mi marido me pega lo normal' (Planeta, 2009). Él decía que esta era la frase que más había escuchado pronunciar a mujeres víctimas de esta violencia. Eran expresiones machistas muy funcionales para considerar la violencia contra la mujer como un fenómeno natural que debía resolverse en el contexto de la vida privada. Es un ejemplo claro de que lo personal tiene una dimensión política; sobre todo cuando es algo vinculado a una clara relación de dominación.

—Aquella idea de Simone de Beauvoir: «no se nace mujer, se llega a serlo» tiene un peso importante en la obra. ¿Cree que en nuestras sociedades aún se piensa mayoritariamente lo contrario?

—La idea de De Beauvoir está muy asimilada por el feminismo. Lo tenemos muy claro. De ahí el concepto de género, que hoy se pone en cuestión por otras razones. No se nace siendo un género masculino o femenino; se nace siendo de un sexo o de otro. Los estereotipos ligados al género son una construcción social. Y la pensadora francesa fue pionera en defender esta concepción. Lo que ocurre hoy es que todavía pesa la "mochila cultural" que cargamos, por las distintas ocupaciones y la división del trabajo que está en el imaginario de hombres y mujeres. Incluso una niña de hoy ve que las mujeres hacen unas cosas que no hacen los hombres, o que lo hacen de otra manera.

—Por ese motivo, en los últimos años se ha querido animar a las mujeres jóvenes a escoger carreras técnicas. Sin embargo, no ha sucedido lo mismo con los varones. No hay apenas voces que reclamen una mayor presencia de estos en profesiones hasta ahora consideradas 'femeninas'. —Sí, no se ha conseguido, por ejemplo, que haya un número

«La obligación del Estado es detectar a los más vulnerables y decidir cómo ofrecer esa protección»

«El neoliberalismo estaba difundiendo la idea de la supuesta insostenibilidad del estado de bienestar»

significativo de enfermeros. Se ha cambiado incluso el lenguaje, hablando de "enfermería" o de "enfermeras y enfermeros". Hay enfermeros, pero sigue siendo una tarea muy femenina. En cambio, muchas carreras se han feminizado rápidamente: la medicina o la judicatura. Es cierto que los estudios técnicos tienen déficit de mujeres. Eso ocurre, yo creo, por lo que decía antes: cambiar las mentalidades es mucho más difícil que cambiar las leyes. Y el imaginario social se va reproduciendo sin que lo queramos. Somos las propias mujeres, incluso, las que lo reproducimos.

—Además de su labor intelectual, en su biografía destaca la participación en la política activa, en 1993, como senadora por el PSC. Una experiencia breve y que no ha vuelto a repetirse. ¿Le disgustó o desencantó?

—No (risas). En absoluto. Al contrario, considero un privilegio haber sido senadora, pero estuve sólo una legislatura porque tampoco veía que allí tuviese mucho que hacer y me satisfacía más mi trabajo en la universidad, donde me encontraba a gusto y más cómoda. Sobre todo, teniendo en cuenta que se trataba del Senado, que sigue siendo una cámara que aún no ha encontrado su función. Me gustó estar allí, aprendí mucho, pero no me vi con ganas de seguir.

—Otro de sus intereses ha sido el papel de los medios de comunicación en las sociedades democráticas. ¿Cómo ve la actual situación de la televisión pública en España?

—Hay un nuevo presidente de la Corporación de RTVE, José Manuel Pérez Tornero, al que tengo mucho aprecio. Cuando en el Senado, presidió la comisión de contenidos televisivos, él me prestó una importante ayuda. Hay cierta voluntad de cambio, pero cuesta. Incluso, a veces, se modifica la estructura y la forma de elegir a los directivos y, sin embargo, continúa una inercia que no acaba de cambiar. Fue una buena cosa, por ejemplo, el eliminar la publicidad en la televisión pública. Había una competencia desleal. Esta televisión tiene una función esencial y no debe estar buscando anunciantes, pero es evidente que no acaba de realizar

esa función de una forma satisfactoria. Hay gobiernos que interfieren más que otros, pero es algo que necesita una constancia en la voluntad. Si no somos capaces de hacer una televisión que responda a eso, no merece la pena gastarse tanto dinero.

—La pandemia parece haber convencido nuevamente al personal de la necesidad de contar con servicios públicos de calidad.

—Totalmente. Se ha confirmado que el estado social es imprescindible. Si no hubiésemos tenido esta sanidad pública, lo habríamos pasado mucho peor. Lo que hay que hacer es reforzarla. El neoliberalismo estaba difundiendo la idea de la supuesta insostenibilidad del estado de bienestar y que había que desmontarlo. Partamos de un imperativo: hay que sostenerlo porque la protección social es necesaria mientras existan desigualdades. Y las desigualdades, en lugar de disminuir, crecen.

—La educación, sin embargo, parece arrastrar cierta indolencia, como si no encontrase un espacio propio más allá de la formación técnica de los alumnos.

—No tenemos muy claro el papel de la educación, más allá de transmitir conocimientos. Cada vez es más difícil. La infancia se socializa no sólo en la escuela y en la familia, sino en la sociedad en general (las redes, por ejemplo). Esto lo complica. En sociedades menos complejas era bastante más fácil transmitir una manera de ser. Hoy, transmitir una manera de ser que no sea la que propicia la sociedad de consumo es más complicado. Pero esto no sólo es obligación de la escuela. Educación es familia, e, incluso, medios de comunicación.

—En la crisis catalana, usted se ha significado en la propuesta federalista como alternativa al independentismo. ¿Cómo está viviendo esta última circunstancia en relación a los indultos?

—La situación es complicadísima. No quiero ser escéptica, sino optimista. No estamos en una vía de solución, pero sí de entendimiento. Creo que los indultos supondrían dar un buen paso en ese sentido. Me parece que la mayoría de los catalanes —y no sólo los independentistas— comparten esta opinión. Para propiciar un diálogo y restaurar una convivencia que se ha roto (para encaminarnos, en definitiva, hacia una situación de concordia) los indultos ayudarían. Y también para restablecer esa mesa de diálogo que podría ser el inicio de un entendimiento. Sin indultos, difícilmente se podría empezar a hacer nada.